

TENGO UNA CITA

De golpe me encontré allí. Aquello no tenía sentido. El sitio era deprimente: un descampado lleno de escombros. Aún así, algunas florecillas habían conseguido sobrevivir. Me costó un rato acostumbrar los ojos al sol que caía sin piedad deslumbrándome. Paseé la vista por aquel escenario tratando de encontrar alguna clave. No sabía por qué estaba allí, ni cómo había llegado, pero intuía que era donde tenía que estar. La certeza se anclaba en el fondo de mi cabeza y de mi corazón.

Algo llamó mi atención. No podía precisar si había surgido de la nada, como yo, o si ya estaba allí. Era una niña rubia, de pelo largo y rizado, sentada sobre unos ladrillos. Me acerqué segura de que ella poseía la respuesta. La proximidad me dio nuevos detalles que no había captado antes: su ropa pobre pero limpia, sus rodillas desolladas y su pequeño cuerpo sacudido por los sollozos. Lloraba lenta, pausadamente, con tranquilidad, un lloro medio maullido entre bebé y gato. ¿La conocía? Había algo muy familiar en ella. Intenté ver su cara, pero la niña, advirtiéndome mi maniobra, fue girándose, hurtándome su rostro. La sensación de pena empezaba a ser insoportable, se agarraba a mis entrañas, ganaba mi pecho, se hacía un nudo en mi garganta, latía tras mis ojos, extendiéndose por todo mi cuerpo. Quería darle consuelo, quería llorar con ella, cargar con su carga. Estaba segura de conocer perfectamente las sensaciones de la pequeña. Adelanté la mano en la que se concentraba el deseo de acariciarla. Por un momento pensé que agarraría el aire. Pero no, allí estaban sus pequeños huesos, su piel clara. Con un movimiento brusco volvió la cara, sacudiendo el pelo me miró directamente a los ojos. Me reconocí inmediatamente. Vi aquel lugar de nuevo con mis antiguos ojos, los de la niña, con los míos y con los de la anciana que algún día sería. La tomé en mis brazos, me abracé; la arrullé, me arrulle; la consolé, me consolé; la quise, me quise; la curé, me curé.

Electroada